

ña Juana sabia, á no dudarlo, que lo era, y por eso habia sido un golpe muy sensible para su corazon llegar á verle en el mismo momento en que espiraba.

Doña Esperanza estaba tan triste y tan desalentada, que casi era seguro que si Martin no dirigia el asunto con tino y discrecion, no querria ni pensar siquiera en la herencia de su padre, y sin el consentimiento de ella nada podia hacer Martin. Era pues necesario convencerla, y pronto, para comenzar á obrar inmediatamente, para comenzar á obrar cuanto antes y con actividad, porque Don Alonso y Doña Catalina era seguro que no se detendrian por nada, y además, entrarian en desconfianza tan pronto como el escribano se negase á entregarles el testamento, lo cual era seguro, porque ellos no tenian la contraseña.

Lloraba Doña Esperanza en un sitio de la pobre sala de la casa de Martin, cuando éste se llegó á su lado.

—¡Cuánta pena me causa, señora, vuestra situacion!—dijo Martin sentándose al lado de Esperanza.

—Hay males que no tienen mas remedio que llorar—contestó la jóven.

—En efecto, uno de ellos es la muerte; pero aun en ese caso, la religion que profesamos tiene consuelos para los vivos, que sirven de descanso y de gloria á los muertos.

—Es verdad.

—Y que tenemos obligacion de procurar, y esto no solo por nosotros, sino por los que gimen y padecen en el purgatorio, de donde podemos sacarlos.

—Dios sabe que no dejo de pedirle un momento por el alma de mi padre y de mi desgraciada madre.

—Sí, pero eso no es suficiente.

—¿Pues qué mas?

—Es preciso unir á esto las preces de la Iglesia, mas ó

## XX.

De lo que hizo Martin despues de que pasó por muerto.

**U**EGO que supo Garatuza que el cadáver habia sido enterrado bajo su nombre y que el virey habia dado una cantidad á la supuesta viuda, todo lo cual averiguó en la conferencia que tuvo con Andrea en la plaza á las ocho de la noche del día en que la habia citado, comenzó á imaginar el medio de pasar en México por una persona distinta, con objeto de poderse dedicar mas fácilmente á reclamar la herencia de Don Pedro de Mejía para Doña Esperanza.

La parte que la Perla habia tomado en todo el engaño del virey le aseguraba de su discrecion; además, Garatuza le hizo pomposas ofertas y terribles amenazas, y Andrea juró por Dios y por todos los santos del cielo no decir nada á nadie, ni aun al mismo lacayo, que conforme á lo arreglado por Martin con Andrea, habia entrado ya á llenar el supuesto vacío del marido difunto.

Aquella misma noche tuvo Martin una conferencia con Doña Esperanza.

La jóven no habia tratado ni conocido nunca como su padre á Don Pedro de Mejía, pero por las memorias de Do-

menos solemnes: la Iglesia tiene sus ritos, sus ceremonias, que son sin duda mas eficaces para el descanso de las almas de los fieles.

—Vos sabeis tan bien como yo, que con nada cuento sobre la tierra para todo eso, y que para eso se necesita dinero.

—Yo no sé que sea dinero lo que os falte.

—¿No lo sabeis?—dijo Esperanza mirándole fijamente.

—No señora, por el contrario: lo que sé, y bien, es que si vos quisiérais hacer algo por el alma de vuestros padres, tendríais lo que quizá ninguno en toda la Nueva-España.

—No os comprendo.....

—Me comprendereis muy fácilmente, señora: si vos quisiérais hacer algo, os bastaba con reclamar la herencia de Don Pedro de Mejía, vuestro padre, de quien sois la única heredera.

—¡Jamás, nunca tocaré yo ese caudal que sirvió para perder á mi pobre madre, y del que nunca recibió ella ni una limosna: primero trabajaré para comer!.....

—Sois libre de hacerlo, señora, cuando ya este vuestro pobre amigo no exista, porque mientras él viva y pueda ganar el pan para su familia, vos no necesitareis de nada.

—Gracias—dijo con emocion Esperanza.

—Pero vos—continuó Martin—no considerais que ese caudal que es vuestro, pasa á manos extrañas, se dilapida, se consume, sin que de él se saque ni siquiera para decir una sola misa por el descanso de Don Pedro y de Doña Juana; vos no considerais que esto grava vuestra conciencia de cristiana y de hija piadosa: no lo gasteis en vuestros goces ni en vuestras necesidades, pero recogedle para la religion y la caridad.

—Imposible, imposible.

—Mañana tendreis quizá hijos, señora, y no estará tranquila vuestra conciencia de madre; porque abandonar este cau-

dales casi robar á vuestros hijos por un capricho: además, ¿quién os dice lo que sucederá mañana, si vos pobre y abandonada, no sereis víctima del capricho de algun poderoso, si Don Leonel, obligado por el orgulloso de su padre, no tendrá que prescindir de vos para siempre, y quién os asegura que dueña vos de la herencia de vuestro padre, no seríais la esposa de Don Leonel, porque su padre no negaria el consentimiento á un enlace tan ventajoso?.....

—¡Martin!—exclamó Doña Esperanza, comenzando á ceder ante la idea de ser la esposa de Don Leonel.

—Señora, reflexionad que no perjudicais á nadie con recibir esos bienes, que son vuestros por voluntad de vuestro padre, y pensad cuántos males os origina vuestra resistencia.

—¿Pero qué se diria de mí si yo reclamase?

—Se diria que vos pedíais, señora, lo que por decoro se os debe; se diria que la bendicion de Dios bajaba sobre los pobres, porque esas riquezas en vuestras manos serian el alivio de los desgraciados, el auxilio del culto, la felicidad para mil familias; eso se diria: las riquezas en manos del caritativo, son como la lluvia sobre los prados secos y áridos: si esos bienes pasan á manos extrañas, quizá sirvan solo para fomentar vicios, para perder almas: señora, si para vos no quereis esos tesoros, si para los pobres y para la religion no los deseais, al menos quitadlos del poder de los que harán mal uso de ellos, perdiéndose y perdiendo á otros.

Doña Esperanza callaba; de todas las reflexiones de Martin, ninguna era para ella de mas peso que la que se referia á Don Leonel: si ella quedaba pobre, huérfana y desvalida, quizá no llegaria nunca á llamarse esposa de aquel hombre á quien habia amado siempre, no porque él la despreciase, sino porque el viejo Don Nuño no consentiria en tal union; al paso que si ella se miraba rica y poderosa, el padre de

Leonel no se opondría quizá á su boda. Renunciar á la herencia de Don Pedro, era perder todas sus ilusiones.

Martin conoció que Doña Esperanza estaba decidida, y que vacilaba solo porque le faltaba el valor para decir que consentía, y quiso evitarle este sacrificio.

—Creo que estais convencida con mis razones, señora—le dijo—y es inútil que trateis de resistir á la voluntad de Dios, que en este punto está manifiesta; así es que voy desde este momento á dictar mis providencias para que todo salga como yo lo deseo.

—¿Qué vais á hacer?

—Antes de reclamar esa herencia, son necesarios ciertos preparativos que facilitarán el camino; prometedme, Doña Esperanza, no oponeros á nada, dejadme obrar, y ayudadme en caso necesario.

—¿Pero qué intentais?—dijo alarmada Doña Esperanza.

—Nada que pueda pareceros indigno; solo que como tenéis necesidad de un hombre que os represente, y como no hay otro que lo haga sino yo, y como yo ni puedo valer nada con mi nombre de Martin, ni la justicia me sufriria, porque tenemos pendientes algunos pecadillos que me cobra, debo ante todo buscar un nombre y aparecer como un nuevo personaje.

—¿Vais á cambiar de nombre?

—Sí, señora, es preciso, y os suplico tengais la bondad de prestarme el de uno de vuestros antepasados.

—¿De mis antepasados? si no los conozco.

—Pero yo sí, y si me lo permitís, me llamaré desde hoy Santiago de Carbajal, tio vuestro y vuestro tutor.

A la mañana siguiente al dia en que Martin tuvo esta conversacion con Doña Esperanza, en una de las calles que se llamaban del monasterio de San Francisco, se disponia

una casa para recibir á unos señores ricos que venian del rumbo de Valladolid.

Los preparativos se hacian casi con precipitacion, porque en aquella misma tarde debian llegar los viajeros; y en efecto, á cosa de las cinco, cuando en aquellas calles habia mayor número de gente que iba para la Alameda, entraron á la casa un caballero, dos damas y varios criados, montados todos en buenos caballos y cubiertos de polvo.

Multitud de curiosos se detuvo delante del zaguan á verlos entrar, y cuando el último criado penetró, se cerraron las puertas de la casa.

Todos los que los vieron llegar fueron haciendo comentarios, y en la noche se hablaba en México de un propietario muy rico que con dos damas muy hermosas habia llegado de las provincias del interior.

Sin saberse por qué conducto, se habia averiguado á las pocas horas de su llegada, que él era Don Santiago de Carbajal, hombre muy poderoso, y que las dos damas eran su esposa y una sobrina suya.

Aquella noche permaneció la casa cerrada; pero al dia siguiente el caballero y las damas salieron á sus balcones, observándose que la mas jóven vestia luto y era mas hermosa de lo que ponderaba la fama.

Como el lector conocerá, el Don Santiago de Carbajal era nada menos que Martin, y las damas Doña Esperanza y María, la pobre muda, que seguia humildemente todos los caprichos de su marido.

Eran las dos de la tarde, y Martin hablaba con Doña Esperanza sentados cerca de la mesa en que acababan de comer.

—No sé por qué tengo tanto miedo de esto que estais haciendo—decia Doña Esperanza.

—¿Por qué habeis de tener miedo?—contestó Martin;—es

un asunto en el que vos nada exponéis, señora; el que ha cambiado de nombre soy yo, el que representa otro papel que no es el suyo, soy yo; el que puede tener algún peligro soy yo: vos, Doña Esperanza, ¿cambiais acaso vuestro apellido? ¿tomáis ajenos títulos? ¿no sois real y verdaderamente Doña Esperanza de Carbajal? Pues entonces ¿qué podeis temer?

—Nada; pero no sé yo engañar á nadie.

—A nadie engañais, Doña Esperanza, á nadie engañais, ni tampoco tenéis necesidad de hacerlo.....

—Sí; pero hay en todo esto un engaño que no es posible.

—Dejad hacer y no temais; hoy comenzamos ya á preparar las cosas, y dentro de muy poco sabré si en esta misma tarde podemos ir á presentarnos con Don Alonso de Rivera y con Doña Catalina de Armijo, que se han hecho dueños de la casa de vuestro padre.

En este momento avisaron á Martin, ó á Don Santiago, que un hombre muy pobre deseaba hablarle.

Martin se levantó y salió al corredor, adonde le esperaba un mendigo con el sombrero en la mano. El criado se retiró, y Martin quedó solo con el mendigo.

—Buenas tardes—dijo Martin, acercándose á él sin desconfianza.

—Buenas tardes—contestó el hombre paseando en derredor una mirada indagadora;—vengo á avisarte que esta tarde puedes ir y llevar á Doña Esperanza; sé muy bien que no saldrán.

—¿Han avanzado algo respecto al testamento?

—Nada; Don Alonso ha visto al escribano, que se ha negado á entregarlo mientras no le den la contraseña que le dió el finado. Rivera ha comenzado á entrar en sospechas, y me ha hecho llamar preguntándome por el santón que le llevé y á quien dió cuatro mil pesos para la fabricacion de

una ermita; héle contestado que habia ido á Puebla á verse con el obispo, que pronto volveria.

—Compromiso es para vos.

—Y tanto, que puesto que ya nada tengo que hacer allí porque Mejía ha muerto, tan pronto como vosotros os presentéis y se lea el testamento, téngome yo que retirar y desaparecer, que para terminar el castigo de Don Alonso y ayudarte á poner á Doña Esperanza en posesion de su herencia, no necesito ya vivir en aquella casa.

—Ciertamente.

—¿Esta tarde vas?

—Iré llevando á Esperanza, y citaré para mañana la apertura del testamento.

—Me parece muy bien. Me voy; dame una moneda para desvanecer sospechas, por si álguien nos observa.

—Tomad—dijo Martin poniendo en manos del mendigo una moneda.

—Gracias—contestó el otro;—y como guardando la limosna, agregó: Martin, si necesitas dinero para Esperanza.....

—No, señor, aun me queda mucho de lo que me dió Don Alonso de Rivera.

—Adios, Martin—dijo el mendigo.

—Adios, señor Don César—contestó Martin.

El mendigo bajó cojeando las escaleras, y Martin entró á prevenir á Doña Esperanza que debian ir aquella misma tarde á presentarse á Don Alonso y á Doña Catalina.

.....  
 .....  
 .....  
 La casa de Don Pedro de Mejía estaba rigurosamente enlutada en todo el interior.

Doña Catalina, reconocida como viuda de Don Pedro, no habia omitido gasto de ninguna especie para dar muestras de su dolor, y habia mandado cubrir con lienzos negros todos los muebles, y los cuadros, y las cortinas; las ventanas estaban cerradas, y la viuda apenas salia por las mañanas al templo, envuelta en negras tocas.

Las mujeres codiciaban su fortuna, y los hombres anhelaban por el dia en que cesara tanto duelo, para atreverse á pretender tanta hermosura y tan soberbio capital, porque Don Alonso habia hecho circular la voz de que Doña Catalina era la única heredera, y como no aparecia en efecto nadie que disputase aquel derecho y los dias iban pasando, nadie ponía duda en lo que se decia.

Sin embargo, Don Alonso y Doña Catalina estaban muy lejos de aquella tranquilidad que aparentaban tener.

—¿Creeis, Don Alonso—decia Catalina una tarde—que podemos estar ya seguros?

—Ahora menos que nunca—contestó Don Alonso.

—¿Por qué?

—Los dias se pasan, y nadie se presenta, y nada se dice tampoco.

—Esa calma y ese silencio me espantan: es seguro porque yo fuí testigo que Don Pedro otorgó un testamento, y ese testamento, existe y está en poder de un escribano, y se me niega con el pretexto de que no soy yo á quien debe entregarse.

—Pero ¿á quién entonces?

—Lo ignoro; aquí hay un misterio, un arcano que solo podria revelarnos ese santón, ese infame que ha venido á esta casa por una de tantas aberraciones como tenemos los hombres en la vida, por mi falta de precaucion.....

—Pero ese hombre, ¿adónde está? ¿quién le trajo?

—Adónde está, yo no lo sé, el infierno se lo ha tragado, porque le he hecho buscar por todas partes, y no parece.

—¿Quién le trajo?

—Yo mismo, porque me fié de ese imbécil de Lázaro que me lo recomendó.

—¿Y no habeis preguntado á Lázaro?

—Se lo he preguntado, y nada he podido conseguir ni con promesas ni con amenazas: dice que él ha sido engañado como yo, y que él le entregó para la obra de un templo la corta cantidad que habia reunido de sus limosnas.

—Ese hombre era un estafador, un ladron.

—Quién sabe si algo peor!

—¿Qué temeis, pues?

—Temo que sea un agente secreto que haya venido con el infame designio de arrancar á Don Pedro una disposicion.....

—¿Y á favor de quién suponeis?

—Quizá á favor de alguna comunidad religiosa.

—Puede ser.

—En esos momentos los hombres están débiles, y quizá Mejía haya cedido con facilidad.....

—En ese caso, ya habrian reclamado.

—Temo de un momento á otro que suceda.

En esto se escuchó el ruido de una carroza que se detenía delante de la puerta.

Don Alonso llamó la atencion.

—¿Quién podrá ser?—preguntó Catalina.

—Tal vez alguna persona que venga á darte el pésame.

—Es extraño.

Un lacayo avisó que un caballero y dos señoras esperaban en la antesala.

—¿Dieron sus nombres?—preguntó Don Alonso.

—No, señor.

—Que pasen—dijo Catalina.

El lacayo abrió la puerta, y dos damas enlutadas, seguidas de un caballero, penetraron en la sala.

Los que llegaban y los que recibían se saludaron fríamente con una ligera inclinación de cabeza, y Catalina les ofreció asiento.

—Supongo, señora—dijo el caballero que entraba y que era Martín Garatuza—que tengo el honor de hablar con mi señora Doña Catalina de Armijo.

—Servidora—contestó Catalina inclinándose apenas la cabeza.

—¿Y con mi señor Don Alonso de Rivera?—dijo Martín.

—El mismo—contestó Don Alonso inclinándose también.

—Servidor de tan nobles personas—continuó Martín—yo soy Don Santiago de Carbajal, y estas damas son mi esposa y mi sobrina Doña Esperanza.

Entonces todos se saludaron ceremoniosamente.

—Yo acabo de llegar—continuó Martín—de Valladolid.

—¿A qué vendrá todo esto?—pensó Don Alonso.

—Se te conoce—pensó Catalina.

—Acabo de llegar de Valladolid, y vengo en busca de vuestras mercedes nada más.

—Podeis mandar—dijo Don Alonso.

—Solo servir—replicó Martín—pues seré corto por no quitar el tiempo á vuestras mercedes.

—De ninguna manera.

—Sí, yo sé lo que es la corte: pues como iba diciendo, que mi sobrina tiene, ó tenía por mejor decir, un parentesco muy cercano con el difunto Don Pedro de Mejía, que en paz descansa.

Martín fingiendo gran calma, tosió y se limpió la frente.

Don Alonso y Doña Catalina estaban como en ascuas, presentían algo grave, y la calma con que hablaba Martín los desesperaba; hubieran deseado saber luego el objeto de su visita y suprimir aquellos preámbulos.

—Bien, ¿y qué quería vuestra merced?—dijo Catalina.

—Pues como decía, mi sobrina era pariente de Don Pedro, que de Dios goce.

—Sí, eso ya está dicho—exclamó Don Alonso sin poder contener su impaciencia;—al grano.

—Voy, que cosa es esta que necesita calma: Don Pedro, que santa gloria haya, era pariente muy cercano de Esperanza mi sobrina.

Don Alonso y Catalina hicieron un marcado movimiento de disgusto, que no se escapó á la penetración de Garatuza, el cual siguió diciendo:

—Como Don Pedro es muerto, mi sobrina, que es su pariente cercana, deseaba ver si le había dejado algo en su testamento.....

—Pues le aseguro á vuestra merced que no—dijo Don Alonso.

—Eso es imposible—replicó Martín;—mi sobrina era pariente muy cercana, y no es posible que la haya olvidado.

—Pues la olvidó.

—Oh! no, no; perdóneme vuestra merced si insisto: ¿adónde está el testamento?

Don Alonso y Doña Catalina se miraron; Martín lo advirtió.

—Mi marido no hizo testamento—dijo Catalina.

—Oh! sí, sí señora, sí hizo, y cerrado, y firmó como testigo en él mi señor Don Alonso de Rivera.

Don Alonso y Catalina volvieron á mirarse.

—Pues ese documento nada habla de la sobrina de mi señor Don Santiago—dijo Don Alonso.

—No lo puede saber mi señor Don Alonso, porque es cerrado y aun no se abre, y nosotros queremos oír su lectura.

—Me parece difícil que la oigais—dijo Don Alonso, espantado ya de todo lo que sabía aquel hombre—porque el escribano se niega á entregarlo.

—Ya me lo sé eso; pero yo lo tengo todo arreglado, y mañana os suplico, que es á lo que venimos precisamente, que nos deis aquí audiencia para que delante de todos nosotros se abra y se lea ese testamento, para ver si se acordó Don Pedro de mi sobrina Esperanza, que era parienta suya, y muy cercana.

—¿Y si el escribano se niega á entregarlo?—dijo Catalina.

—Corre todo eso de mi cuenta—contestó Martin;—solo aguardo vuestro consentimiento, para retirarme y volver hasta mañana con el escribano y demás.

Rivera y la viuda se consultaron entre sí con una mirada.

—Bien—dijo Don Alonso—sea como decís: ¿y á qué hora?

—A las once de la mañana, si lo teneis á bien.

—Convenido.

—Entonces, soy como siempre el mas humilde de vuestros criados—dijo Martin levantándose.—Don Santiago de Carbajal para servir á tan buenas personas, y mi esposa y mi sobrina Doña Esperanza, tambien.

Las damas se levantaron, y haciendo una reverencia salieron de la sala.

Don Alonso y Catalina se quedaron por un largo rato en silencio y mirándose.

—¿Qué decís de todo esto?—dijo la dama.

—Me da mala espina—contestó Rivera.

—Afortunadamente el hombre con esa calma, me da idea de ser de muy cortos alcances.

—Por el contrario, á mí me parece un hipócrita.

—Quizá no tengais razon y sea menos el peligro.

—En todo caso, mas vale saber lo que contiene el testamento.

—¿Pensais que ese hombre lo consiga traer?

—Me figuro que sí, y por esto me alarmo mas.

—Veremos; por ahora no hay que apresurarse todavía.

—No, que en todo caso podrá Don Pedro haber dejado á esa Doña Esperanza, que era su parienta muy cercana, como dice el hombre de la calma, un legado mas ó menos cuantioso; pero vos y yo somos los herederos, y eso estoy tan seguro como ser de dia.

—Siempre me molestaria tener que dar algo á personas desconocidas, de un caudal que considero ya como mio.

—Y con razon, vuestro es; y esa era la voluntad de Don Pedro; que cuando recuerdo cómo me hablaba de vos, me tranquilizo completamente.

—No hay que apurarse: haremos el sacrificio de dar el legado que haya dejado Don Pedro á esa Doña Esperanza, y veremos por fin ese testamento que tan inquietos nos tiene; al fin mas vale salir de dudas.

El lacayo salió, y los dos hermanos se quedaron haciendo mil conjeturas.

—¿Quién podrá ser?—decía Don Leonel.

—Quién sabe; á nadie espero, y temo que sea espía del visitador.

—Pudiera ser muy bien. Mas ya está aquí.

—La puerta se abrió muy suavemente, y Garatuza entró á la estancia, volviendo á cerrar tras de sí.

Para otras personas Garatuza podia y queria disfrazarse, para los hermanos Salazar fué muy fácil reconocerlo.

—¡Martin!—exclamaron los dos casi al mismo tiempo.

—Se engañan sus señorías, yo no soy Martin; Martin ha muerto, y Dios le tendrá en su guarda.

—¿Querrás hacernos creer—dijo Don Leonel—que tú no eres Martin el que conocimos?

—Que yo fuí Martin, á vosotros y solo á vosotros lo confieso, que por eso vengo á veros; pero de eso no se infiere que lo sea yo todavía: os lo repito, Martin murió, y extraño que no haya llegado eso á vuestras noticias, cuando todo el mundo lo sabe.

—Sí, en efecto—dijo el Padre Alfonso;—nosotros lo habíamos sabido, y lo que es mas, estábamos seguros de que tú no existias ya.

—Lo cual probará á su señoría que dispuse las cosas tan bien, que nadie puso en duda la desgracia.

—¿Pero con qué objeto?.....

—Ardenes de guerra, y su señoría no deja de tener en eso parte.....

—Parte, ¿en qué?—dijo el Padre.

—¿En qué? en que por vuestra causa se hizo mas tenaz la persecucion de la justicia, con el negocio, ya sabeis, de la conjuracion.

## XXI.

Cómo se abrió el testamento de Don Pedro, y lo que se siguió.

AQUELLA noche Don Alonso y Catalina no pudieron dormir con la inquietud de lo que iba á pasar al dia siguiente.

Martin creyó que no debía perder el tiempo y que era necesario buscar aliados, porque el enemigo se defenderia necesariamente con obstinacion; así es que apenas de regreso á su casa, dejó á Doña Esperanza y á María, volvió luego á salir y se encaminó á la casa del Padre Salazar.

Era ya cerca de las oraciones, y aun hablaban Don Leonel y Don Alfonso acerca del encuentro del primero con Doña Esperanza. El jóven estaba tan impresionado, que cada vez que se encontraba á solas con su hermano, promovia conversacion sobre el mismo asunto.

—Un hombre que parece ser un caballero—dijo un lacayo—desea hablar con sus señorías.

—¿Con los dos?—preguntó el Padre Alfonso.

—Sí, señor.

—¿Qué clase de persona será?—dijo Don Leonel.

—No es fácil decirlo á su señoría; aunque parece ser de fuera—contestó el lacayo.

—Díle que pase.



- ¿Y qué hicisteis?
- Pues está claro, me morí y mandé á mi viuda á ver al virey.
- Bien; pero enterraron un cadáver.
- Ese cadáver era uno que conseguí entre los amigos, y que me hizo favor de representar mi papel, perfectamente se entiende, porque nada se descubrió.
- Es decir, estais ya libre de la justicia.
- Saldamos cuentas, *Mors solvit omnia*; con la muerte no hay acreedores; traduccion libre.
- Perfectamente. ¿Y ahora?
- Ahora tengo aquí con sus señorías un asunto muy grave de familia.
- ¿De familia?
- Sí; se trata de Doña Esperanza de Carbajal.
- ¿Que vive!—dijo el Padre.
- Que vive, porque yo la salvé del incendio. ¿Recordais?
- Sí; ¿y Doña Juana?
- Murió.
- Dios la haya perdonado!
- Pues como decia yo, Doña Esperanza resulta ser hija.....
- ¿De quién? ¿de quién?—preguntaron con ansiedad los dos hermanos.
- De Don Pedro de Mejía.
- ¿De Mejía? ¿estás cierto, estás cierto?—preguntó pálido Don Leonel.
- Lo estoy, y no sé cómo no lo estais vos, que he leído eso en el libro que me confiásteis para entregar á Doña Juana.
- Don Leonel por respeto á su hermano procuraba disimular; pero estaba completamente emocionado.

- ¿Y qué hiciste de ese libro?—dijo.
- Afortunadamente—contestó Martin—cometí la mala accion de leerle y no entregarle como me lo encargásteis: y digo afortunadamente porque si le entrego y no le leo, arde en la «casa colorada» como un judío, y á esta hora quizá ni vos sabríais los secretos de mi familia que contiene.
- ¿De tu familia?—dijo el Padre.
- Sí, de mi familia; porque soy ahora Don Santiago de Carbajal, tio y tutor de Doña Esperanza.
- ¿De veras?—preguntó Don Leonel.
- Ardid, señor, ardid, en el que habeis de entrar vosotros tambien.
- Adelante—dijo el Padre Alfonso.
- Trátase—continuó Martin—de que vuestras señorías me ayuden en la empresa de recoger para Doña Esperanza la herencia de su padre.
- ¿Y cómo pruebas que era su padre?
- Eso está ya probado, porque yo he obligado á Don Pedro á reconocerla solemnemente en su testamento y constituirle su única heredera.
- ¿Y existe ese testamento?
- Vaya si existe! y mañana se le da pública lectura á presencia de la viuda de Don Pedro y de Don Alonso de Rivera, que están apoderados de la casa y de los bienes del difunto.
- Entonces si todo eso hay, ¿para qué necesitas mas? La ley ampara y favorece á Esperanza, y basta con eso.
- Bastaria—replicó Garatuza—si no se tuviera que luchar con adversarios como Don Alonso y la viuda; pero ellos no se pararán en medios para perder á Doña Esperanza, y para hacerla desaparecer si es necesario; yo soy solo, y además no tengo valimiento; mirad si será ó no necesario que busque auxilio.

—Dices bien, y cuenta en todo con nosotros—dijo el Padre.

—¿Dónde está mi prima?—preguntó Leonel.

—Vivimos ahora en la calle que va al monasterio de San Francisco.

—Iré á verla.

—Id, que ella y yo os lo agradeceremos.

—Y yo tambien iré—agregó el Padre.

—Mejor que mejor; por ahora soy yo el que se va y os espera por allá si quereis cumplir vuestra palabra, y si no, vendré á buscaros en caso necesario.

Martin se embozó bizarramente en su capa, tomó su sombrero y salió, dejando á Don Leonel con el corazon henchido de gozo.

—Hermano—dijo el Padre cuando Martin salió—tenia yo razon en decirte que Esperanza no podia ser hermana nuestra.

—Sí, Alfonso—contestó Don Leonel—como yo tambien la tuve al asegurarte que habia visto á Martin.

—¿Y crees que será prudente contar esto á nuestro padre?

—¿Qué?

—Que Esperanza no es su hija.

—Creo que todavía no debemos decirle nada.

—¿Por qué?

—Porque volveria á afligirse pensando en su verdadera hija perdida.

—Tienes razon: esperaremos.

.....  
 .....  
 .....

Al dia siguiente habia una solemne reunion en la casa

del difunto Don Pedro de Mejía; Don Alonso, Catalina, Doña Esperanza, Martin, un escribano y los testigos: se iba á leer el testamento de Don Pedro.

El escribano sacó un pliego cerrado y sellado que presentó á Don Alonso de Rivera y á los demas testigos, que reconocieron sus firmas puestas en la cubierta. Se dió testimonio de que los sellos no habian sido abiertos ni forzados, y el escribano procedió entonces á romper la cubierta.

Reinaba un silencio tan profundo, que podia haberse escuchado el vuelo de un insecto. Al ruido que hizo la cubierta al romperse, palidieron ligeramente la viuda y Don Alonso.

El escribano desdobló el papel en que estaba escrita la última disposicion de Mejía, se caló sus gafas, y con voz gangosa comenzó á leer: «En el nombre de Dios Todopoderoso, etc., etc.»

La atencion general se redobló. Nadie se atrevia ni á moverse.

«Declaro que tengo una hija única—decia el testamento—llamada Doña Esperanza de Carbajal, á quien reconozco de la manera mas solemne y en la forma y via que mas valga y valedera sea, como hija mia única.»

Todas las miradas se volvieron á Doña Esperanza, que se puso encendida.

—«Item—siguió leyendo el escribano.—Instituyo por mi única y universal heredera de todos mis bienes á mi supradicha hija Doña Esperanza de Carbajal, la cual es mi voluntad firme y última que entre en posesion de mis dichos bienes, inmediatamente despues de mi muerte, sin que nadie sea osado ni tenga derecho de impedirse-lo.....»

Un rayo caído á los piés de Don Alonso y de la viuda, no los hubiera aterrado tanto. Pálidos y espantados se miraron entre sí, sin proferir una palabra.

—«Item—siguió el escribano.—Es mi voluntad que si mi dicha hija Esperanza muriese sin tener sucesion, entre al goce de mi dicha herencia mi esposa Doña Catalina de Armijo.»

La sangre volvió repentinamente al rostro de Catalina, y miró á Don Alonso, que habia recobrado tambien su alegría al oír esta cláusula; sus miradas se cruzaron como las hojas de dos espadas, y entonces fué Martin el que se puso pálido. Aquello era la señal de una lucha á muerte entre Esperanza y Catalina.

El escribano acabó de leer el testamento, en el que se mencionaban dos ricos legados: uno para la viuda y otro para Don Alonso.

—Señora—dijo Catalina luego que terminó el acto, dirigiéndose á Esperanza, y con un acento de ira mal reprimido—todo esto es vuestro, estais en vuestra casa, no quiero ni por un momento turbaros en la posesion de esta herencia, y saldré de aquí; solo que espero me permitireis dos ó tres horas para disponer mis cosas y saber adónde debo de trasladarme.

—Todo eso, señora, es inútil—contestó Esperanza con dulzura;—no hay necesidad de que os retireis, que no exijo tanto, ni me urge entrar en posesion de una herencia que bien sabeis que no he pretendido: además, sois, señora, la viuda de mi padre, y espero que me vereis en lo de adelante como de vuestra familia.

—Gracias, señora—contestó Doña Catalina, pudiendo apenas contenerse—pero me es imposible aceptar vuestros favores, porque.....

Una mirada de Don Alonso la contuvo.

—Porque mi posicion, como veis, es muy delicada, y ¿qué diria el mundo si yo continuara siéndoos gravosa?

—El mundo no diria sino que vos y yo formábamos una sola familia: en cuanto á que me seais gravosa, no lo sereis para mí aunque dispongais de todo el caudal.

Don Alonso y la viuda se miraron de una manera extraña, como interrogándose qué queria decir aquella generosidad de Esperanza, que ellos no eran capaces de imitar.

Aquella mirada no se escapó á la penetracion de Garatuza.

—Gracias, señora—dijo Catalina;—lo pensaré.

—Bien, señora—contestó Doña Esperanza—pensadlo, yo os dejo en libertad en vuestra casa, y me retiro.

—¿Cuándo os veré, señora?

—Probablemente no volveré muy pronto, porque el negocio no me urge á mí: y con vuestro permiso, me retiro.

Doña Esperanza se levantó y abrazó á Catalina, que la estrechó convulsivamente contra su pecho.

Martin dió las señas de su casa á Don Alonso, y salió tras de Esperanza, montaron en su carroza y se dirigieron á la calle de San Francisco.

—¿Qué opinais?—dijo Catalina al encontrarse sola con Don Alonso.

—Que aun no se ha perdido todo.

—Lo mismo creo.

—Las cláusulas del testamento las tengo escritas con fuego en el cerebro.

—La heredera puede morir.

—Y quizá muy pronto.

—Despues de todo, esta no es mas que una nueva dificultad que puede salvarse.